

NOTA BIBLIOGRAFICA

A. V. Miller O. S. C.—*El Espiritismo Moderno*—Traducido por el presbítero Carlos Cortés Lee—Bogotá 1915—Imprenta de San Bernardo. 160 páginas en 4.º

«El estilo es el hombre», dijo Buffón al recibirse en la Academia francesa. La sentenciosa frase nació con fortuna, y a manera de moneda de vellón que anda por el bolsillo de todos, ricos y pobres, *El estilo es el hombre*, ha brotado del tintero de todo mundo, sabios, ignorantes, letrados e iletrados. Pero es también, como la moneda de vellón, imaginaria, convencional, falsa, de vil metal. Don Ricardo Carrasquilla cavó la sepultura del aforismo aquel con *Lo que puede la edición*. Si Buffón hubiera dicho que los pensamientos y moralidad de una obra literaria son su autor, no habría dicho una frase elegante y de éxito mundano, pero habría dicho una gran verdad. Prefirió confundir la exterioridad de las obras del pensamiento con el pensamiento mismo; su frase sintética, que contiene esa confusión, fue acogida por los académicos, y, refrendada por ellos, entró a la circulación. ¿Quién aplaudiría al que dijera que el escultor se revela, no en la estatua sino en el ropaje que a ésta se le pone? Acaso Buffón como naturalista, que no buscaba sino clasificaciones artificiales y costumbres notorias de los animales, llegó a tomar por el alma de una obra literaria el estilo más bien que el pensamiento. Pero el buen sentido no abdica definitivamente. Revelándose en los refranes, donde vive vida eterna y familiar entre los hombres, nos dice: *El hábito no hace al monje*.

La obra literaria es un efecto que tiene a su autor por causa. Es natural que el primero contenga y ostente la actividad de la segunda. El estilo corresponde a los hábitos, a las costumbres literarias, espontáneas o artificiales del escritor; el contenido del libro es el escritor mismo. ¡Cuánta diferencia entre el traje a la moda que modifica nuestra figura y nuestro aspecto, y el cuerpo, que vestimos cada uno según su gusto y afición!

Así, en todo libro halla el ojo del observador el libro en sí mismo y el autor que vive en su contenido. Sólo se

exceptúan las traducciones, cuando el que las hace es dueño del idioma original y de la lengua en que vierte la obra y ejecuta el trabajo con recta fidelidad.

En la que Monseñor Cortés ha hecho del opúsculo por su tamaño y libro por su importancia, *El Espiritismo Moderno*, tan distinguido literato ha sabido, con artística modestia, ocultarse, por la destreza suma de la traducción, a las miradas del lector, quien no encuentra entre el original y el traslado diferencia.

Se presenta el libro incorporado por aquellas plausibles maniobras, en nuestra literatura científica.

Un dato bibliográfico sobre tan importante trabajo, quiere recogerlo la REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, aunque sea de manos tan inexpertas como las que estas líneas estampan.

Parece que el propósito general del libro es demostrar, con acopio de datos y de confesiones de parte, que el Espiritismo es una religión y una religión contradictoria al Cristianismo.

Al ocuparse de lo primero, cita el autor varios casos ceremoniales muy análogos o parecidos a los de la religión cristiana, como es la veneración por los muertos, las oraciones impetratorias etc. No cae en estos tópicos el autor, en la vulgaridad tan general y repetida de que el Espiritismo es copia o plagio o caricatura del Cristianismo en la parte ceremonial. Esto hace apreciar mucho el libro y considerar muy elevada la mentalidad de su autor. Es muy común, para espíritus, aunque instruidos, superficiales y ligeros, que, conociendo una cosa, ven después otra parecida, decir que la última es plagio o imitación de la primera. Los más cuidadosos de entre ellos pronuncian el mismo juicio, no por la simple sucesión de sus conocimientos, como lo hacen los demás, sino por la cronología de las cosas, y llaman plagio a lo que el hombre ha hecho después parecido a lo que antes había ejecutado. Podrían citarse casos mil en que literatos, de autoridad reconocida, declaran que tal o cual expresión castellana es galicismo, sólo porque se parece a otra francesa anterior, sin reparar en que no sólo la imitación es causa directiva de las obras humanas. En jurispru-

dencia se incurre frecuentemente en el error de creer, por ejemplo, que éstos o aquellos artículos de nuestro abigarrado código civil, son tomados del código de Napoleón, sólo por haber entre ellos ciertas analogías, cuando unos y otros son corolarios de un mismo principio jurídico, catetos de un mismo ángulo solar.

Pasando a las cuestiones religiosas, porque Cicerón, en su primer discurso contra Verres, dice que la barba del Hércules de Mirón, en Agrigento, había sido usada por los besos de sus devotos, se concluye, por el vulgo de los filósofos—pues en la filosofía y en las ciencias hay también vulgo y plebe—que el hecho análogo, que ha ocurrido con el dedo del pie del San Pedro del Vaticano, es una de tantas imitaciones del cristianismo al paganismo, y eso que ninguno de los que hoy besan el pie del San Pedro besaron jamás el Hércules aquel, sepultado entre las ruinas, muchos siglos antes de que el San Pedro se ostentara en el Vaticano. Las analogías y semejanzas ceremoniales, que se ven entre el cristianismo y muchas religiones falsas, no es, ciertamente, porque aquella haya en nada copiado a las otras. En la religión cristiana, hay dos elementos: el que descende de Dios hacia el hombre, y el que del hombre trata de subir hacia Dios. Lo primero es su divinidad, su sello específico, extraño a toda otra religión y contradictorio con ellas. Es la locura de la cruz. Lo segundo, es la obra humana, enteramente humana, análoga, en sus manifestaciones, a manifestaciones ceremoniales que el hombre ha hecho en todo tiempo y que hace en todo lugar; porque, siendo una la especie humana, derramada en el globo la expansión de sus sentimientos religiosos se hace más o menos del mismo modo siempre, pero advirtiendo, eso sí, que, por elemento divino, fundamental, del cristianismo, las ceremonias humanas en éste, han tenido el correctivo y la purificación que la santidad de la doctrina comporta, en cuanto se han conservado puras las doctrinas y puras las prácticas. Las otras religiones, entera o fundamentalmente humanas, van, en sus ceremonias, hasta el ridículo y la crueldad.

El Espiritismo es religión, con sus ceremonias, sus sacerdotes (*mediums*, varones y mujeres), sus oraciones, su

invocación a Dios, su moral y aun su filosofía; busca su apoyo en el temor infundido por escenas que afectan lo sobrenatural y sorprendente y que son, por ello, misterios y milagros para sus prosélitos. Para el eminente Cejador y Frauca, no hay una definición adecuada de *religión*, en general. Nos lo explicamos, si así fuere, porque las religiones falsas son entre sí genéricamente distintas, y mayor abismo las separa de la religión de Jesucristo. No se puede dar una definición verdaderamente tal que se extienda a cosas heterogéneas. La nota común a todas consiste, a nuestro atrasado entender, en la adoración a Dios, deduciendo de ahí máximas para la conducta individual y social del hombre, y tratando de persuadir por el sentimiento, más o menos apoyado en la razón. No estamos casados con este concepto y no tratamos de defenderlo ni de explicarlo; pero sí creemos que la nota dominante de toda religión está en la dirección del espíritu hacia Dios. La idea que de Dios se tenga y las deducciones prácticas que de ahí lógicamente se deriven, parece que marcan las diferencias de las religiones, hasta el punto que quien a Dios no adora, puede decirse que carece de religión por más que en Dios crea. Hay personas sin religión, pero no hay pueblos, ni tribus sin ella; los monstruos son individuales.

En los oscuros horizontes de ultratumba, que palpitan en el instinto del hombre, hinca y dilata sus raíces hasta el infinito el árbol de la religión. Religión sin permanencia del alma humana, es un contrasentido como hablar de círculos angulosos. Su base está en la inmortalidad de nuestro espíritu. De su vida futura se sacan en conclusión máximas para la vida presente que viene a ser la preparación de aquella otra. Aquí el utilitarismo desfallece y se extingue; sólo quedan en pie preceptos de justicia, dándonos norma eterna de conducta para esta vida. La religión penetra hasta lo más hondo de la conciencia, como el océano lleva sus aguas hasta lo más profundo de sus cavernas.

Se ha negado en estos tiempos la inmortalidad del alma humana alegando el estado de inconsciencia que nos produce el sueño natural y el artificial causado por venenos

y narcóticos. Spencer recoge cuidadosamente esos hechos; después de otros tantos lo repite Ferrière. Podríase a la manera de Gall contestarles con una observación sencilla pero sin réplica: «No veis que vuestras experiencias versan únicamente sobre la vida actual? Luego nada concluyen sobre la vida futura que es tan diversa.»

Científicamente descontento el sabio con aquellas experiencias, quiso ir experimentalmente a la demostración de la supervivencia de nuestra alma. El espiritismo brindó el campo. Los fenómenos que en las *tenidas* espiritistas se observaron con varios sentidos, de modo de hacer imposible toda alucinación, ya materiales en que se cambian las manifestaciones corrientes de las leyes físicas, como eso de pasar un cuerpo por un agujero más pequeño que él sin deterioro de ninguno de los dos, etc., y otros intelectuales en que se lee en un libro herméticamente cerrado, hicieron comprender a los sabios que esos fenómenos obra eran de inteligencias extrañas a las personas que los presenciaban; y dedujeron de ahí la permanencia de las almas humanas. Admitido este principio, se formuló la nueva religión espiritista, en la cual se niega la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, la eficacia de su santísima vida y acerbísima pasión, la redención del género humano y la Providencia divina, pues en aquella religión, nacida de una experiencia humana, e ilustrada únicamente por la revelación antidivina de los espíritus evocados, Jesucristo es un mero hombre, impostor, la revelación no existe, el alma humana va progresando sin jamás llegar a Dios, como nunca llega la acintota a su curva, y toda vida corporal es expiación sin plan divino, y, lo más desesperante de todo, sin posible misericordia de Dios!

Vencida la teoría de la evolución, cuya fórmula más estrictamente científica y escrupulosa se debe a Artigó, en las esencias y substancias de los cuerpos, (pues en ellas a cada paso el hiato entre los seres y la inmutabilidad de ellos interrumpen el *fieri* o *devenir*) creyeron los sabios encontrar su aplicación y prueba en la vida de las almas humanas. Mas en este terreno tenebroso quedó aquella

hipótesis desvanecida. Nuestro libro dice: «Por mucho tiempo se ha estado manifestando un espíritu que, según la cuenta que da de sí mismo, fue un filibustero del tiempo de la reina Isabel y que se llama a sí mismo John King. Claro está que es cosa muy dificultosa, después de tanto tiempo, averiguar si son verdaderas las relaciones que él hace. Pero hay una cosa que sí se puede asegurar, y es que, considerando su grosería y vulgaridad y la evidente complacencia que parece sentir al contar sus deshonrosas piraterías, la permanencia de trescientos años en las esferas de los espíritus no ha logrado mejorar su carácter moral.»

Nacido el espiritismo moderno en medio de sabios, como Crookes, Lombroso, Wallace, y por medio de observaciones experimentales, a diferencia del antiguo que era teurgias especulativas, tenía un sebo seductor para los hombres esclarecidos que entraron a profesarlo sin caer en la cuenta que al afiliarse a esa secta científica, abjuraban *ipso facto* del Cristianismo.

A ilustrar la conciencia de los sabios sobre tan importante punto, ha venido el libro a que nos referimos. No sólo a ello. Ha tomado en sus manos las observaciones experimentales de donde procede y ha hecho ver que es imposible, científicamente, que almas humanas sean esas inteligencias que producen esos fenómenos materiales e intelectuales extraños a los actores y a los espectadores de las *tenidas* espiritistas. La realidad de los fenómenos es evidente, pero el alma humana, cuya acción sobre los cuerpos no puede ejercerse naturalmente sino mediante las operaciones de sus potencias orgánicas, imposibles de cambiar ni de transmutarse, es de suyo impotente para producir aquellos fenómenos que sobrepujan inmensamente a su actividad. No podemos ver sin ojos; ningún ciego de nacimiento ha visto en el espiritismo. Sin caminar y sin coger el cuerpo que queremos pasar de un lugar a otro no lo podemos trasladar; no ha llegado el caso en que un hombre sin piernas ande en una *tenida* espiritista. No es, pues, científico explicar los fenómenos aquellos por una causa evidentemente desproporcionada. Hacerlo es una superstición, como la de los magos que con símbolos ca-

balísticos producían o conjuraban pestes. Los sabios espiritistas retrogradan a lo más tenebroso de la Edad Media. Allí les sale Santo Tomás al encuentro, y les reprocha su poco criterio científico, recordándoles la impotencia natural del alma humana para obrar sobre los cuerpos extraños por otro medio que por sus potencias corpóreas y que la ciencia no tolera que se altere la naturaleza de las causas para explicar los efectos experimentales.

El importante libro de que hablamos refuta la conclusión a que los sabios llegan. Para explicar él, a su turno, aquellos pavorosos fenómenos, recoge la confesión de los sabios espiritistas de que hay espíritus inteligentes que son la causa que se busca, y poniendo esa causa en armonía con la ciencia, deduce lógicamente que esos espíritus son de naturaleza muy superior a la del alma humana, espíritus enemigos implacables de Jesucristo y de los hombres: los demonios.

El Reverendo Padre Miller ha prestado a la ciencia y a los cristianos señalado servicio con la publicación de su libro. Muchos cristianos abrirán los ojos y su salvación la deberán a él. El libro es tan claro, tan ordenado, tan sólido en su argumentación y expone las cuestiones con serenidad tal que uno, al leerlo, cree escuchar en el laboratorio la fría y amena lección de un sabio profesor.

Y no se diga nada del beneficio que Monseñor Cortés nos ha hecho con traducirlo. Estamos tan atrasados en las ciencias, nuestra pericia en experimentos es tan pobre que ni siquiera en micrografía sabemos hacer los ensayos con limpieza; nuestra fuerza inductiva es tan escasa, que no hemos podido, sino a fuerza de tiempo y de desengaños, convencernos de que el microbio del lázaro ni se cultiva ni germina en los conejos; nuestras lecturas son tan pocas y superficiales en filosofía, que los que se pavonean de más ilustrados viven aún entre Bentham y Spencer, el último de los cuales ha sido muy leído y muy poco entendido, y en fin, en materia de religión es tan túpida la confusión de ideas y éstas tan escasas, que a despecho de la Iglesia se suele tomar por fe lo que trasciende a leguas a superstición.

La traducción del libro en lengua castellana, es poner al alcance de todos su importante contenido. Con mucha razón nos decía a varios profesores del Colegio Monseñor Carrasquilla cuando le hablámos del libro: «Tenía que ser excelente cuando Monseñor Cortés, con su inmenso talento lo consideró digno de ser traducido, y cuando él mismo, tan sobrecargado de ocupaciones graves, se puso a traducirlo.»

Junio de 1916.

J. RESTREPO-HERNANDEZ

CENTENARIO DE LOS MARTIRES DE LA PATRIA

La capital de la República ha conmemorado dignamente el centenario de los mártires de la Patria, a moción de la Academia Nacional de Historia.

Verificóse, el 18 de junio, una peregrinación cívica a que concurrieron todas las autoridades de la Nación, encabezadas por el Excelentísimo señor Presidente de Colombia, el clero, el ejército, las academias, facultades, escuelas y colegios, la flor de las damas bogotanas, multitud de caballeros y un concurso numeroso de pueblo. El desfile empezó en el claustro antiguo del Colegio del Rosario y terminó en la Plaza de los Mártires.

Uno de los primeros actos de don Pablo Morillo en Santafé, fue el de cerrar las lecciones del instituto de Fray Cristóbal de Torres, apoderarse del edificio y convertirlo en cárcel y capilla de los patriotas. Era el castigo impuesto al semillero de próceres, a la cuna de la República. Varios de los patriotas inmolados habían sido colegiales del Rosario, y pasaron los dolores de la prisión, las agonías de las horas postreras en el mismo recinto donde habían transcurrido para